

les, con 1,000 jinetes y 300 cazadores de infantería montada, penetró á los valles de Aragua, y avanzó sobre Victoria punto intermedio al oeste de Caracas y Valencia. Campo Elías, con sus destrozados restos, se replegó y atrincheró en la Cabrera, la angostura cercana á Valencia, tristemente famosa por la desgraciada defensa que en ella hiciera Miranda en 1812.

Rivas, el vencedor de Naquitao y Horcones, que mandaba en la capital, acudió con 1,000 hombres y 5 piezas de artillería en defensa de Victoria, donde fué sitiado. Atacado allí por Morales y reducido al recinto de la ciudad, se defendió tenazmente, quedando la mitad de su tropa fuera de combate (10 de febrero). Iba ya á sucumbir, cuando se levantó en el horizonte una nube de polvo que hizo renacer la esperanza en los sitiados. Era el impertérrito vencedor de Mosquitero y el vencido en La Puerta, que al frente de 220 hombres acudía desde la Cabrera de Valencia en auxilio de la plaza. Protegido en su entrada á las trincheras, por una vigorosa salida que hizo Rivas atacando por la espalda al enemigo que saliera á contener á Campo Elías, ambas fuerzas reunidas rechazaron un nuevo asalto que llevó Morales, aunque á costa de grandes pérdidas. El jefe realista, vióse obligado á levantar el sitio, y perseguido en su retirada hacia el Cura, perdió toda su artillería.

Triunfante Rivas de Morales, marchó á los valles del Tuy en persecución del feroz Rosete al frente de 800 hombres, y lo asaltó en el pueblo de Charayave, deshaciéndolo completamente. No dió cuartel á los prisioneros. Desde Charayave, avanzó hasta pueblo de la sabana de Ocumare, donde encontró desparramados en sus calles como trescientos cadáveres insepultos de niños, mujeres y hombres sacrificados bárbaramente por el feroz Rosete (2). Sobre ellos juró Rivas

(2) Los historiadores españoles pasan por alto la excursión de Rosete,

venganza, y exterminio de la raza española. El famoso caudillo margariteño Juan Bautista Arismendi, que mandaba en Caracas en ausencia de Rivas, hizo el mismo juramento. Estos juramentos eran precursores de una de las hecatombes más sangrientas que recuerda la historia.

### III

Bolívar, que después de ser proclamado dictador habíase puesto en campaña, recibió en Puerto-Cabello la infausta noticia de la derrota de Campo Elías en La Puerta. Una vez más se ponía á prueba la fortaleza de su alma en los contrastes. Trasládose inmediatamente á Valencia, donde estableció su cuartel general, reconcentrando todos sus destacamentos dispersos, sin levantar el sitio de Puerto-Cabello á cargo de D'Eluyar con las tropas granadinas, y llamó á sí el grueso de la división de Urdaneta, quien quedó en Barquisimeto con sólo 700 hombres haciendo frente á la invasión del occidente. En tan críticas circunstancias recibió una consulta del comandante de la Guayra. « Que hago en estos momentos de peligro » con la multitud de españoles que existen en las prisiones de » esta plaza : ellos son numerosos y la guarnición muy poca ». Bolívar tomó la pluma y contestó en el acto : « Ordeno que » inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles

y ni siquiera lo nombran. Díaz, en sus « Recuerdos de la Revol. de Caracas », pág. 156, refiriéndose á él, dice : « Un cuerpo de tropas mandado por un hombre incapaz de un mando ». — Además del parte de Rivas, que puede tacharse de parcial, da testimonio de estas atrocidades el presbítero Juan de Orta, como testigo presencial, en oficio de 22 de febrero de 1814 dirigido al provisor y vicario general, en que dice : « Sobre trescientos cadáveres cubren las calles, fosos y montes de la » inmediatez (de esta plaza). El santuario de Dios vivo fué violado. La » sangre de tres víctimas inocentes riega el pavimento ».

» presos en las bóvedas (de la Guayra) y en el hospital, sin » excepción alguna » (febrero 8). Arismendi fué encargado de la tremenda ejecución. En las instrucciones que le dió el dictador, preveníale empero: « con excepción de los españoles » que tengan carta de naturalización ». El feroz margariteño exclamó al leerla: « Este secretario del libertador es un burro: » ha escrito con *excepción*, en vez de poner con *inclusión*! »

Existían en aquella época como 1,000 españoles presos, — no prisioneros de guerra, — de los avecindados en la capital, que al tiempo de su ocupación por los independientes fueron encerrados en las cárceles de la Guayra, y sobre quienes pesaba la sentencia de muerte de Trujillo, por razón de su origen, aun siendo indiferentes. Bolívar propuso en varias ocasiones su canje por un pequeño número de prisioneros y presos patriotas que se hallaban en Puerto-Cabello; pero Monteverde se había negado constantemente á ello. En la cabeza de estos desgraciados iba á cumplirse el terrible decreto de guerra á muerte del dictador. Arismendi, con un lujo de crueldad que espanta, lo cumplió como fiel ejecutor y como verdugo. — Mandó formar con los condenados una gran pira, en que debían consumirse sus cadáveres, y á que ellos pusieron fuego con sus propias manos. — En seguida empezó la matanza: en Caracas y en la Guayra simultáneamente. Las víctimas eran extraídas en grupos de los calabozos, como reses destinadas al matadero. Al toque de degüello de una corneta, los soldados caían sobre ellos, y á bayoneta, hacha, sable, lanza, machete ó puñal, eran sacrificados, y muertos ó moribundos arrojados á la hoguera. — Poca pólvora se gastó en la ejecución. — Durante ocho días consecutivos se mató así sin misericordia en Caracas y en la Guayra. — Así perecieron ochocientos sesenta y seis españoles y canarios, entre ellos, según los mismos historiadores colombianos, « muchos hombres buenos », que habían amparado á los republicanos defendiéndolos contra la crueldad de sus compatriotas. — Esta

hecatombe<sup>1</sup>, una de las más sangrientas que recuerda la historia, ordenada en virtud de una bárbara ley de exterminio, puede ser explicada por la seguridad, y la disculparía la necesidad de vencer á todo trance, pero la conciencia la condena como derecho y como hecho, y con razón se ha dicho, que es una « mancha de lodo y sangre en la historia de Venezuela. » — Como represalia, fué el resultado de las matanzas que autorizó el decreto de guerra á muerte de Bolívar al abrir su campaña reconquistadora, que dos cabezas de españoles pacíficos degollados por sus guerrillas iniciaron. La necesidad fué creada por la absurda teoría en que se fundaba la guerra á muerte, que como todo absurdo tenía necesariamente que producir un hecho brutalmente lógico. Como medio de terror y como medio de victoria que pudiera justificarla, no tuvo ni la sanción del éxito: fué causa de derrota, la ensangrentó inútilmente sin impedirla, y la hizo mas trágica y dolorosa (3). Empero, manifestación de un alma fuerte, no fué acto de ferocidad emanado de la naturaleza generosa de su ordenador, y esto le absuelve ante la moral de la historia. Y debe repetirse lo que en su descargo ha dicho un historiador imparcial: « Poco tiempo antes, iguales monstruosidades habíanse » cometido en medio de la misma Europa, con su refinada » civilización, entre los pueblos del mediodía, en España y » el reino de Nápoles. Los españoles habían engendrado en » el seno de su oscurantismo, esta fuerza que se desencadenaba contra ellos. Según el código natural de todos los » pueblos groseros, los criollos les aplicaban la ley que ellos » les enseñaron como maestros, buscando su salvación en el » mal, ya que no la encontraban en el bien. Al menos, Bolívar sintió la necesidad de justificar ante el mundo este

(3) Véase en el cap. XXXVIII, § VII, el examen histórico de los antecedentes del decreto de guerra á muerte de Trujillo, y el juicio fundado que allí se hace acerca de ella.

» terrible acto de represalias, mientras los españoles ni  
» siquiera pensaron en disculpar sus atrocidades » (4).

Bolívar, sólo contaba á la sazón con 1,500 infantes y 600 jinetes para hacer frente á la irrupción de Boves con sus semi-bárbaras masas de llaneros, indisciplinadas, pero resueltas á todo y cuatro veces más numerosas. En campo abierto no podía contrarrestarlas. Encerrarse en Caracas ó permanecer concentrado en Valencia, era entregar todo el país al enemigo. Su resolución fué la más prudente y la más valerosa. Asegurada la capital de un golpe de mano, fortificó á Valencia, formando una flotilla en su lago; atrincheró el estrecho de Cabrera, y ocupó Victoria (20 de marzo). De este modo cubría todas las posiciones que constituían sus puntos de apoyo en el terreno montañoso de la cordillera del litoral; cerraba el camino que traía Boves ya restablecido de su herida, y mantenía abiertas sus comunicaciones por el flanco izquierdo á la espera del ejército de oriente que venía en su auxilio, mandado por Mariño en persona. La posición era estratégica.

La ciudad de Victoria se halla situada en el ameno valle de Aragua, río que derrama sus aguas en el lago de Valencia por el oriente y en el mar por el occidente, envolviendo los valles del Tuy inmediatos á Caracas. Á este punto convergen los caminos de la costa y de los llanos bajos. Desde las altas colinas en que está asentada la ciudad, se descubre un vasto y pintoresco panorama de campiñas cultivadas, dominado al norte por una eminencia llamada del Calvario, á cuyo pie hacia el oeste, se desenvuelve una llanura en que se encuentra el inmediato pueblo de San Mateo. Aquí estableció el Liber-

(4) Gervinus: « Hist. du XIX siècle ». — Véase « Manifiesto que hizo al mundo el ministro de Venezuela por orden del Libertador » de 24 de febrero de 1814. (« Docs. para la Hist. del Libertador », t. V, pág. número 916).

tador su cuartel general. En el vértice de las alturas que rodean esta posición, encontrábase una casa de propiedad de Bolívar, y hacia el oriente se extendía la hacienda llamada del Ingenio, uno de sus más ricos feudos patrimoniales. Iba á combatir *pro aris et focis*. Hizo construir trincheras defendidas por fuertes estacadas, para cortar el camino principal de Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y se desenvuelve al pie de la casa del Ingenio y del Calvario, y situó el parque en el Ingenio. Por la primera vez iban á encontrarse Bolívar y Boves frente á frente.

#### IV

El 25 de febrero aparecieron sobre las alturas fronterizas de San Mateo las muchedumbres de Boves, compuestas de 5,000 jinetes, precedidos por 2,000 fusileros. Las avanzadas cambiaron los primeros tiros río Aragua por medio, replegándose unos y otros á sus reservas al anochecer. Al día siguiente cargó Boves sobre los atrincheramientos con grande algazara. Morales atacó la derecha de las líneas, donde estaba situada la casa de Bolívar, y fué completamente rechazado. En la trinchera del centro, donde mandaba Bolívar en persona, el ataque dirigido por Boves, fué tan impetuoso como tenaz la resistencia. Los fuegos de la infantería republicana hicieron estragos en las filas contrarias. Los enemigos cargaron entonces sobre el Calvario, para flanquear la derecha de línea apoderándose de unas casas fronterizas desde las cuales abrieron un fuego mortífero. El libertador, hizo reforzar la posición con tropas de reserva al mando del coronel Manuel Villapol y Campo Elías, ambos españoles de nacimiento, antiguo general el uno de los patriotas en la Guayana en 1812, y el segundo, vencedor del Mosquitero y salvador de Victoria.

Los dos cayeron mortalmente heridos. El joven capitán Rafael Villapol, hijo de Venezuela, reemplaza á su padre, restablece el combate, arroja al enemigo de sus posiciones, y gravemente herido se replegó al anochecer al Calvario, manteniendo la posición, al mismo tiempo que Boves, gravemente herido también, era conducido en brazos de sus soldados. Dos horas y media había durado el combate. El campo estaba cubierto de cadáveres de una y otra parte. Bolívar extendió y perfeccionó sus defensas, esperando un nuevo ataque. Morales tomó el mando del ejército llanero en reemplazo de Boves herido.

Los realistas habían agotado sus municiones de infantería. Durante quince días permanecieron en inacción. El 11 de marzo repitieron el asalto, y fueron otra vez rechazados. Boves, algún tanto restablecido de su herida, se puso de nuevo al frente de su ejército que lo recibió con grandes aclamaciones (marzo 17). El 20, Boves atacó por tercera vez las líneas. Los fuegos de la infantería y de la artillería republicana, hicieron estragos en sus filas, obligándolo á desistir de su intento por el momento. Empeñado en arrebatarse la posición, costase lo que costase, combinó un nuevo plan de ataque. Una fuerte columna de fusileros, tomaría por la espalda los cerros en que se apoyaba la izquierda de las líneas, y descendiendo aceleradamente de las alturas se apoderaría del Ingenio donde estaba establecido el parque de Bolívar. Al mismo tiempo, él atacaría por el frente de la llanura de San Mateo con el grueso de sus fuerzas.

Al rayar el día 25 de marzo, rompióse simultáneamente el fuego en toda la línea. El ataque del centro es vigorosamente resistido por Bolívar en persona. En lo más recio del combate aparece la columna flanqueadora de Boves sobre las alturas que dominan el Ingenio, que custodiaban tan sólo cincuenta hombres, al mando del capitán Antonio Ricaurte, joven de veinte años de edad, natural de la villa Leiva en

Nueva Granada. Perdido el parque, estaba perdida la batalla. La expectativa fué angustiosa. La columna flanqueadora avanza á paso de carga; llega á la casa del Ingenio, situada en lo alto del cerro, y dando alaridos de triunfo, su cabeza penetra por sus puertas sin resistencia. En aquel instante una estruendosa explosión hizo estremecer el campo y los corazones. El parque se había incendiado: la casa había desaparecido y gran parte de la columna al parecer triunfante volaba por los aires. Ricaurte había hecho volar el depósito de municiones. Sin medios ni esperanza de sostener la posición, y comprendiendo que de él dependía la salvación del ejército republicano, ordenó á su tropa evacuar el punto, y se pusiera en salvo. Él quedó solo con una mecha en la mano. Al penetrar el enemigo en el recinto del parque, pone fuego al almacén de pólvora y vuela su alma inmortal junto con los miembros despedazados de los asaltantes. Despavoridos los restos del enemigo salvados de la explosión se ponen en precipitada fuga. La victoria estaba ganada por un hombre solo. Bolívar, al ver aparecer la columna flanqueadora por la espalda y desfilar la pequeña guarnición del Ingenio en retirada, lo dió todo por perdido si el parque se perdía: mandó desensillar su caballo y proclamó á sus soldados diciéndoles, que « sería el primero en morir entre sus filas. » Para honrar aquel sublime sacrificio sólo tuvo después una frase retórica sin poder olvidarse de sí mismo: « Qué hay de semejante en la » historia á la muerte de Ricaurte? Este suicidio para salvar » á la patria, á la independencia y á mí, es digno de cantarse » por un ilustre genio como Alfieri! » (5). Los sitiadores se retiraron con una pérdida de 800 hombres entre muertos y heridos en la jornada. Los sitiados quedaron triunfantes

(5) Véase: « Homenaje al capitán Antonio Ricaurte, héroe de San Mateo, en el primer centenario de su natalicio ». Bogotá, 1886.

dentro de sus líneas con una pérdida menor que la del enemigo en los diversos asaltos que repelieron; pero por la retaguardia y el occidente, amenazaba otra tempestad.

Á la vez que atacaba las líneas de San Mateo, Boves había desprendido por el flanco derecho y retaguardia de los sitiados una fuerte columna al mando del feróz Rosete con el objeto de apoderarse por segunda vez de los valles del Tuy (véase § II) y amagar la capital. Rivas, que mandaba en la plaza, estaba postrado en cama. Arismendi, su segundo, salió al frente de una columna de 800 hombres, compuesta de la flor de la juventud de la ciudad, y fué batido en la sabana de Ocumare, y todos sus soldados lanceados y degollados (11 de marzo). Bolívar, que tuvo anticipadamente noticias del movimiento de Rosete, había desprendido 300 hombres escogidos en auxilio de Caracas al mando del comandante Mariano Montilla, nuevo personaje que veremos más tarde figurar en primera línea. Este oportuno auxilio salvó la capital. Sobre esta base, el animoso Rivas forma una nueva división de 900 hombres, se pone á su frente tendido en una camilla, ataca á Rosete en Ocumare y lo hace pedazos (20 de marzo). La población de Caracas salvada, lo recibió en triunfo.

Los peligros se multiplicaban. Cajigal, situado en Coro, y en posesión del cargo de capitán general, había formado una división de 1,000 hombres compuesta de las reliquias del batallón Granada y de las tropas regulares corianas, las que al mando del general Ceballos debían ponerse en campaña y obrar en combinación con el ejército del Apure mandado por Calzada después de la muerte de Yáñez. Todo el occidente de la cordillera estaba, como los llanos, pronunciado por los realistas, que dominaban con sus guerrillas ambas zonas de la cordillera oriental. Urdaneta, que al frente de 700 hombres había quedado en Barquisimeto al tiempo de reconcentrarse Bolívar en San Mateo, fué batido y dispersado por Ceballos

(9 de marzo). El jefe patriota, se replegó con sus restos á San Carlos, donde fué sitiado por Calzada, viéndose obligado después de algunos recios combates á la defensiva, á evacuar la villa y retirarse á Valencia. Desde este punto avisó al Libertador, que el occidente estaba perdido, y que esperaba ser atacado de un momento á otro por las fuerzas reunidas de Coro y del Apure. Bolívar le contestó que defendiese la ciudad hasta morir, pues allí estaban depositados todos los elementos de guerra de la república, ordenándole á la vez que reforzase con 200 hombres á D'Eluyar en la línea de Puerto-Cabello, á fin de impedir que los sitiados auxiliasen á Boves con armas y municiones. Urdaneta quedó con sólo 280 fusileros para defender á Valencia.

Reunidos en San Carlos Ceballos y Calzada, en número de 3,000 hombres, se presentaron delante de Valencia (29 de marzo) y le intimaron rendirse á discreción. Urdaneta contestó que se defendería hasta la muerte, y se preparó á una vigorosa defensa. Al día siguiente la ciudad fué embestida. Felizmente los realistas no tenían artillería, y los republicanos pudieron resistir los diversos ataques que les llevó el enemigo durante cuatro días; pero al fin se vieron reducidos al recinto de las últimas trincheras centrales, con el agua cortada y expuestos á perecer de sed. Urdaneta, en junta de oficiales, acordó, que en el caso de ser forzada la plaza, la guarnición se replegaría al cuartel de artillería, incendiarían las municiones y volarían todos, cumpliendo la orden del Libertador. El ejemplo de Ricaurte inflamaba las almas!